

*El paisaje toponímico asturiano:
unidad dentro de la diversidad*

(2)

Extracto del texto publicado en
*El paisaje toponímico asturiano:
unidad dentro de la diversidad.*
*Discurso leído por el autor
en el acto de su solemne recepción académica
el día 18 de mayo de 2011.*
Contestación por el Ilmo. Sr. D. Joaquín Fernández García.
Edita Real Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo.

1

(2ª parte, continuación)

4. Etnolingüística toponímica: la construcción léxica de un paisaje

Tal vez el aspecto más relevante de los nombres actuales de un territorio (toponimia sincrónica, nombres presentes) sea su función significativa en cada tiempo concreto, siglo tras siglo (toponimia diacrónica, nombres sucesivos). Por esto, se diría que el mosaico verbal que recubre un espacio geográfico es el producto (no la simple suma superpuesta o paralela) de todos los encuentros de los sucesivos pobladores en su lucha milenaria por adaptar, usar y transformar el medio habitado. Así utilizan los nativos un nombre del suelo en adelante, y con él podrá comunicarse el vecindario a la hora de hablar sobre ese espacio ya colonizado. En palabras de Menéndez Pidal:

“La toponimia... encierra... un singular interés como documento de las lenguas primitivas, a veces los únicos restos que de algunas de ellas nos quedan... Los nombres de lugar son viva voz de aquellos pueblos desaparecidos, transmitida de generación en generación, de labio en labio, y que por tradición ininterrumpida llega a nuestros oídos en la pronunciación de los que hoy continúan habitando el mismo lugar, adheridos al mismo terruño de sus antepasados; la necesidad diaria de nombrar ese terruño une a través de los milenios la pronunciación de los habitantes de hoy con la pronunciación de los primitivos” (*Toponimia prerromana...*, introducción).

Los nombres que podemos escuchar, leer documentar sobre un territorio, contemplado a golpe de vista, pueden suponer muchos siglos (a veces milenios) de voces evolucionadas en su articulación fonética y en su significado para los usuarios. De hecho, cada lugareño suele poner nombre a lo que abarca con la vista; y cuanto más alejado, nombres más difusos: “*Más allá ya nun conozco, tienes que preguntar nel pueblu vecín...*” –nos responde sinceramente cualquier informante, cuando llega al límite de los nombres que él tiene pateados. Cuando salimos de su territorio verbal.

Cada lugareño sólo dispone de un paisaje toponímico construido a su medida. Pero tiene claros los nombres. Sería el caso de palabras tan polisémicas (y polémicas) como *Los Camisos, El Camareo, Las Camaretas, Camarinos, Comeya, Combos, Combos el Vieyu, El Río Comba, La Comba, Argolicombu, La Camocha...*, en distintos conceyos. Nombres de este tipo pueden coincidir con otros tan simples o recientes al lado, como *El Mirador, El Merenderu, La Pista, El Refugio, L'Aparcamientu, El Basureru...* Toda una red de hilos verbales en sentido transversal y longitudinal de un mismo paisaje contemplado.

La asociación de palabras en el tiempo: la reutilización de raíces remotas

Resuenan sugerentes al oído lugares como *Los Camisos (El Camisu Cimiru, El Camisu Fondiru)*, sobre la misma senda que asciende a los altos de Ubiña: si tenemos en cuenta el asturiano común, la

camisa de las culiebras es la tela entubada que sueltan en primavera por el campo; la *camisa* del gochu, la tela de grasa que se quita por dentro en el samartín; y entre los vaqueros, la *cama* es el lecho de los animales (salvajes y domésticos). Sólo con ese léxico se nos ocurriría tímidamente asociar *Los Camisos* a un paraje preferido por los animales para *encamar* en una ladera tan pendiente y alta como aquella del Meicín, tan fría en las invernadas primaverales o serondas a destiempo, en los días de la braña.

El mismo Corominas distingue *cama* (lecho) y *cama* (pieza curva del aradao), pero supone para ambas un origen céltico. Rivas Quintas relaciona sin titubeos topónimos gallegos del tipo Camba, Cambade..., con los del tipo Camos, Camariñas, Camafeita... (grupos *-mb*, *-m-* coexistentes). Todos ellos, unos y otros, suelen asociarse a una misma raíz céltica *CAM-, incrementada en *CAM-B-, con sus alternancias vocálicas, siempre con el sentido de ‘curvo’, siguiendo al francés Rostaing y otros.

En fin, sea por un mismo origen etimológico, sea por una asociación pragmática de los nativos con el tiempo, el caso es que muchos topónimos asturianos llevan nombres que así nos hacen ver las coincidencias (o paradojas) entre los cambios verbales que se fueron sucediendo sobre un mismo paisaje. La misma *camisa* como prenda de vestir (latín tardío, CAMISIA), en sus orígenes tal vez sólo fuera un prenda para resguardarse en el lecho, en la *cama*, en el lugar adecuado para el cobijo de la noche (como quedó luego en el *camisón*).

En el caso tuizano de *Los Camisos*, cuando hay una invernada, los animales atrapados en estos altos no bajan a los *mayaos* del Meicín, pero los vaqueros no tienen dudas: suben directos al topónimo y allí están las vacas aguantando las envesnadas sin moverse de aquellas pozas a modo de camas improvisadas. El paisaje verbal es el que hay: las razones exactas de los nativos, quién sabe... Como dice Javier García Martínez, siguiendo a García Arias:

“En toponimia nunca hay una última palabra, y muchas opiniones de especialistas serán desmentidas, cuando se descubran otros hechos o esté más avanzada la investigación toponímica, pero esto, que ocurre a la toponimia, también le ocurre a todas las demás ciencias”

El valor de otras muchas pozas de un terreno en la montaña: Los Fueyos, Los Jous

Abundan por buena parte de la toponimia asturiana esos cobijos naturales de la montaña. Las causas de la evolución fónica y semántica de las palabras, en cambio, debieron ser muchas, en consecuencia con el entorno geográfico, físico, cultural de cada pueblo concreto. Sirva el ejemplo de tantos lugares llamados *Fueyo*, *El Picu'l Fueyu*, *Refueyos*, *El Fuiyu*, *Los Fueyos*, *La Foyosa*, *Foyedo*, *La Pena'l Fueu*, *El Jou*, *Joulagua*, *Jousantu*, *El Jobón d'Alisada*, *El Jultayu*, *Julacistra*, *El Joyetón*, *Jooscerracos*, *Joyurredondu*, *Joyestrenchu*, *Los Rejoyos de la Cabra*, *Jousintierre*, *Joudongu*, *Les Joyoses*... Son especialmente abundantes en toda la zona de Picos d'Europa, Cuera..., entre aquellas calizas con tantos recovecos, y con tantos cambios bruscos del clima desde el alba hasta el crepúsculo; o entre la primavera y el otoño, siempre con pastores y ganados buscando el calor, el alimento y el cobijo de las calizas, en invierno incluso.

La voz *fueyu*, *fueyo*, y sus paralelos *fuexu*, *jou*..., fue usada especialmente en toponimia para describir una hondonada del terreno (menor o mayor), un hoyo formado en suelo cárstico con las aguas invernazas, un pozo más o menos profundo. Hoy puede parecer irrelevante la voz, al que cruza camperas limpias, o sendas sinuosas entre las peñas. Pero varios lustros o siglos atrás, la palabra *fueyo*, *jou*..., era imprescindible para pastores y vaqueros, sobre todo. Hoy mismo, un *jou* no representa igual para el montañero y para el pastor que caminan juntos aparentemente con el *mismu palabreru asturianu*.

Entre los pastores de Los Picos o de Cuera (Belbín, Vega d'Ariu, Vegarredonda..., Manzaneda, Julespina, Tornallás...), un *jou* es lugar de muchas funciones a un tiempo: almacena agua como abreva-

dero, cobija el ganado en las tormentas, se ocultan las reses de los *llobos*, se guardan del calor en pleno estío... Tal vez la función más importante de los *jous* (como las *llamazugas*) en zonas calizas sea la de mantener el agua de los neveros y las lluvias invernales hasta la primavera arriba, o en épocas de lluvias fuertes: con esas aguas los ganados no tienen que desplazarse más distancias. Lo dicen topónimos como *Joulagua*, *Jufuente*, *Josdellagar*, *Los Jos del Duernu*... La descripción del pastor es la precisa, aunque no en todas las épocas los contemplemos nosotros con agua.

3

La geología del paraje late en el origen de muchos nombres por diversos matices

En otras ocasiones, las hondonadas del terreno son preferidas por ciertos animales, tal vez por sus yerbas más frescas y sabrosas, por las corrientes de aire...: así *Joucaballu*, *Jusdelasvacas*... O se vuelven importantes para los pastores por sus cualidades: *El Joyu la Madre* (nace un gran chorro de agua sobre el río Casañu de Cabrales), *Joyu Redondu*, *Jou Lluengu*, *Joinegru*, *Jousintierre*, *Jou Santu* (al lado de Peña Santa, un entorno sacralizado, mitificado ya desde tiempos romanos), *Jus de Jerreru* (con mineral de hierro, *jierru*, en la zona), *El Jugu los Probes*, *Joudiós*...

En el resto asturiano, más al centro y al occidente, cambia el paisaje: ya no hay esos pozos tan abundantes y tan cónicos, casi embudiformes a veces, hay agua en arroyos y manantiales más frecuentes... Por ello, la referencia de *Fueyo*, *Los Fueyos*, y otras como *Fuexo*, *El Fuexu*, *La Foxaca*..., describen más bien zonas empozadas, muy amplias a veces, con cientos de metros en longitud y anchura, pero no con referencia al agua. Son pequeños valles, hondonadas entre pendientes colaterales, praderas entre montañas, brañas enteras, muy adecuadas por sus condiciones del terreno: templadas, retiradas de los vientos, a una altura media en la ladera..., de forma que en algunos casos dieron lugar a pueblos con este nombre. De ahí también el apellido *Fueyo* tan frecuente en asturiano, sin duda en conexión primitiva con este campo.

El aprecio por los gamones, por los felechos y felechas, por una simple pared de piedra a la intemperie

Se extienden estas palabras toponímicas entre el oriente y el occidente asturiano también. Como en casos anteriores, la relación etnográfica de un topónimo con sus pobladores viene a la memoria en conversación espontánea con cualquier habitante de un pueblo que siga valorando los recursos del medio en las sucesivas estaciones del año. Así nos pueden hablar de la importancia de los *gamones*, *las gamonietsas* (tubérculo, planta lilácea) en los puertos de verano y en los pastizales carbizos: de ahí los pueblos de *Gamonéu*, o *El Gamoniteiru*, *El Gamonal*..., por mucho que hoy hasta la palabra sea ya casi arcaísmo en el diccionario. Sólo el exquisito queso *Gamonéu* seguirá por muchos años atestiguando la calidad cárstica de aquellos suelos.

Y bien saben los nacidos y nacidas en los años 30-40 que los gamones, como las ortigas, eran plato obligado a falta de patatas para con las berzas o para la tortilla de la merienda, en aquellas décadas de la cartilla del *raционamiento* (no de *razonamiento*, por cierto), y del hambre en las familias más numerosas y menos pudientes, sobre todo. Con gamones y ortigas, o con *mostayas*, *castañas mayucas*, *figos*, *carápanos*, *farinas de maíz* y poco más, sobrevivían muchas bocas por el año arriba, sobre todo en las caserías y puertos de verano. Lo atestigua una rica toponimia en este campo.

Tampoco a muchos se les ocurriría pensar en la imprescindible función de los ahora despreciados *felechos* (*jelechos*, *flenchos*, *felgos*...) en los pueblos, en su función de estiércol para abonos en los sembrados, conservantes de frutos, aislante en los transportes de carros... Hasta con mucho *tordón* (veneno) y saña se intentan *amelicinar* para descartarlos ahora, como si de una plaga se tratara. Pero no los desprecia igualmente el lenguaje toponímico: *Felechosa*, *La Felguera*, *La Calle los Felechos*, *La Jelguera*, *Folgueiras del Río*... O tantos otros nombres comunes en retroceso, que describieron una ciudad como Oviedo mismo, sin ir más lejos, tan sólo un par de lustros atrás: *La Plaza la Leche*, *La Calle los Burros*, *La Calle las Mantegas*, *La Plaza'l Paraguas*, *El Fontán*...

Hasta una parea y un paréu se cuidaban con mimo en la montaña

Bajo las letras de un topónimo puede esconderse toda una forma de vida décadas atrás, muy dura tantas veces, inimaginable hasta para los mismos pastores de hoy, con todoterreno, móvil, ropas impermeables, taper, mochilas, bocatas... Por todo el oriente asturiano, se escuchan topónimos como El Paréu y La Parea: no se trata de simples paredes calizas, paredones, caras más o menos grandes de una peña. La pared de una caliza, como las famosas *redondas* de Peñacastil y altos cabraliegos de Sotres, resuenan con sentimiento en boca de un pastor nacido en los años 30-40...

Los pastores de Los Picos (Cabrales, Onís, Cangas...), tenían que salir muy temprano en primavera tras el ganado hacia el *puertu baxu* y el *puertu altu* si el tiempu acompañaba, pues siempre había en la corte alguna res más de las que podían mantener los menos pudientes. Como las yerbas todavía eran muy escasas por febrero o marzo arriba, los animales andaban (y andan) hasta kms de unas peñas y pastizales a otros, para poder *jartarse* en todo el día. En la jornada siguiente, o en un par de días, había que buscar pastos nuevos, con los retoños todavía frescos, sin tocar...

Por esta obligada transhumancia diaria, los pastores no podían tener cabaña estable en todos los pastizales. Así pernoctaban en un *peréu* o *parea* distinto, semana tras semana, hasta que se podían asentar en alguna mayada principal. Una hogaza de pan, cada día un poco más duro, y la leche escasa que había que compartir con cabritos y corderos, con una hoja de tocino delgada cuando la había, era el menú diario más que dosificado desde el amanecer al anochecer. A todo más, bajaban algún día a casa para reponer las viandas. Ni fuego casi se podía hacer a diario en la *redonda* (la piedra cóncava que hacía de cabaña) –nos explicaba Antonio en Sotres, 82 años- pues ni un *inabiu* o *terenu* llegaba a un cierto grosor en los altos más escarpados: todos se apuraban para la lumbre. A dormir, por tanto, con cena escasa y con la *moyaúra* puesta en tantas ocasiones.

Y aún mejor, una parea que un paréu

El lenguaje toponímico no olvidó la circunstancia. De ahí la abundancia de lugares llamados *La Parea* y *El Paréu*: cada noche la pasaba el pastor de la familia al cobijo de una pared de la roca que tuviera unas mínimas cualidades (un poco abovedada, retirada del viento norte, con unas piedras delante para separarse y protegerse de los animales...). En el caso de la *parea* (género dimensional femenino), la *covacha* era mayor, con una estancia de tierra o roca un poco más espaciada para hacer fuego si se podía, para tender una manta sobre unos brezos (*terenos*) modo de *sergón* (colchón)... Casi con levantar un pequeño muro delante (cuatro piedras para salir del paso), la roca improvisada se convertía en cueva y en cabaña imaginada.

En el caso del *paréu*, las circunstancias que ofrecía la roca en aquel contorno al que habían obligado cabras y ovejas, sobre todo, con sus caprichos y aventuras tras las yerbas más golosas, la estancia iba a ofrecer menos comodidades aún: en una pendiente mala, de espacio estrecho, orientado a cualquier viento, con poca concavidad... A todo más, en la misma cueva improvisada, estarían un par de noches, una semana... Y a buscar la siguiente *covacha*... Por eso, estas y otras palabras tienen resonancias especiales escuchadas en boca de un pastor mayor.

Mucho antes del móvil, La Voz de los Cabreros, A Pena Faladora, A Escuita...

La capacidad comunicativa de los lugareños en las montañas tiempo atrás quedó grabada en el paisaje toponímico también, mucho antes que llegara el móvil. A pesar de las posibles homonimias o interpretaciones populares, una vez más, unos cuantos topónimos atestiguan sobre un paisaje los recursos que fueron desarrollando los pobladores en cada contexto posible. Así, de paso por brañas y mayadas, escuchamos nombres como *La Voz de los Cabreros*, *A Pena Faladora*, *El Quentu la Voz*..., que tanto intrigan al caminante, pero que con tanta precisión llevan otros mayores en la memoria: se trata de lugares estratégicos de los altos en los que se situaba un vaqueru o pastor para comunicarse con su entorno (otras brañas, el pueblo mismo).

Las condiciones acústicas del paraje (chorro de aire, orientación, resonancias...) permitían al pastor cifrar a su modo algunos mensajes con el pastor o pastora de la braña de al lado; o era capaz de llamar la atención de la familia en el pueblo, pues en casa sabían perfectamente las modulaciones de voz del familiar en el puertu; así, entendían el contenido escueto lanzado desde los altos con los signos acordados (tipo de silbo, posición en el alto, hora del día, algún paño enarbolado...); y, por supuesto, desde el mismo lugar, el pastor concentraba los ganados dispersos con sus silbidos especiales, distintos a los del pastor del rebaño contiguo. Eran los SMS de la época, tantos siglos antes de *movistar o vo-*⁵*daphone*.

Entre las mismas laderas de un valle, los vecinos de los pueblos colaterales se lanzaban mensajes a viva voz durante el día para informar o pedir cualquier favor: resulta muy grato escuchar a los vecinos y vecinas de Santa Marina, en Lena (Gloria, Modesto, Ramón...), para explicarnos cómo hablaban a voces con los pueblos de enfrente (Vitsar, Samiguel, Payares...), al otro lado del río Valgrande; pedían ayudas diversas para los trabajos del campo, los invitaban a eventos, mandaban recados, quedaban en acuerdos para la tarde, para el día siguiente, para el mercao; o solicitaban su presencia con más angustia ante sucesos desgraciados o de mayor urgencia (estaban a muchas décadas todavía el 112 y la ambulancia).

La toponimia acústica: el paisaje también suena, cuando se aprende a escuchar

Los topónimos de la voz y de la escucha son diversos del oriente al occidente asturiano, de los pastores a los vaqueiros, pero tenían la misma función: mantenerse comunicados con el contorno de las brañas circundantes, o con el pueblo a varias horas casa; tenían un control sobre el ganado todo el día, ante posibles imprevistos (presencia del *llobu*, tormentas, horas de ordeño a tarde y a mañana...). El móvil actual, las pistas de montaña, el todoterreno, la moto..., salvan hoy las distancias y multiplican el contenido de los mensajes, pero el ingenio del lugareño lleva muchos milenios serpenteando por aquellos contornos tantas veces poco menos que inhóspitos de las montañas entonces.

Los nombres del paisaje son expresivos, si bien a veces, se trata de simples coincidencias de palabras con otros orígenes, pero que los lugareños usaron (transformaron) para señalar estas funciones: parecen claros La Voz de los Cabrerros, La Voz del Llaviñeru: bajo El Cantu'l Cabroneru, sobre La Jocica y Dobreseca (entre Amieva y altos de Sajambre); La Voz de Aranga: paso de La Guaranga al Puertu L' Arcenoriu, sobre diversas mayadas y pueblos de Ponga; La Voz de Parriellu: en Amieva, recordada hoy todavía por los pastores, como punto de comunicación con el pueblo; El Quentu la Voz: altozano sobre Valgrande y los pueblos de Samiguel del Río, El Nocú y La Malvea (Lena), puertos de La Vega'l Mur, Coleo...

Con otras bases léxicas, las funciones se repiten, en algunos casos con leyendas muy transformadas también. Por ejemplo, A Pena d' Ascuita: en los altos de Penácaros, sobre varios pueblos de Boal; A Escuita: pueblo de San Martín de Ozcos; La Escucha: en Mieres, Avilés y Corvera; El Xiblu: alto sobre Las Xanas, bajo diversas mayadas del Aramo y pueblos de Santadrianu; El Xiblu: alto sobre Vitsauritse y otros pueblos quirosanos bajo El Picu Cualmayor y morteras del Quintaneiru; El Xiblu y Los Xiblos: altos de Teverga, sobre Parmu y La Foceicha, y parajes semejantes. El paisaje hablaba y habla.

5 *La interpretación religiosa de un paraje: la divinización del medio utilizado (Brañadios, Capietsa Martín...)*

Menéndez Pidal, uno de los pioneros en la ciencia toponímica, para el estudio prerromano en especial, ya advertía unas cuantas décadas atrás, que:

“El estudio de la toponimia esclarecerá el nombre de las divinidades más de lo que se piensa” (cita de Joaquín Caridad).

El paisaje religioso asturiano es rico en este campo. En una geografía más o menos abrupta como la nuestra, con picachos salientes sobre valles profundos, los sonidos (los *troníos*) retumban con rigor en las tormentas, sobre todo cuando hay minerales bajo ciertas peñas. Con sendas al par de precipicios a veces por ambos lados, con bosques tupidos de los de antaño, los pobladores no pudieron menos de ir señalando en el tiempo toda una red de puntos estratégicos que habría que tener bien en cuenta para sobrevivir en las montañas. Fueron creando teónimos según necesidades.

Así, invocaban a una divinidad para que atrajera los rayos hacia un lugar que observaban fulminado con frecuencia; o pedían a un dios o diosa que condujera seguros sus pasos por un canalizo mejor, al tiempo que avisaban con el nombre adecuado en otro, para que nadie se aventurara a bajar por él, pues se encontraría con el diablo: la muerte connotada.

Es el caso de lugares como *Brañadiós* (altos alleranos de Rubayer), *Tarañosdiós* (alto sobre Covadonga), La Penasca *Valdediós* (altos del Güerna, sobre Riospaso, no por casualidad frente al Seltu'l Diablo); como La Canga *Dios* (en Aller), frente a La Canga'l Diablo; El Campu'l *Dios* (mayada cabraliega bajo El Picu Jascal, sobre la cuenca del río Casañu), y tantos otros. En otros casos, algunos de estos topónimos hacen pensar en una larga reutilización de raíces toponímicas de referencias remotas diversas, pero reinterpretadas como religiosas, para rogar a un dios o para prevenir un peligro.

Valmartín de Brañafoz y Valmartín de Sanisidro: no por casualidad, picos de rayos en sendos valles contiguos

Al margen de la posible interpretación popular del tipo DĒORSUM / **diós* (de abajo), que pudiera latir en algún caso, es evidente que los lugareños crearon o recrearon con el tiempo un segundo topónimo para la misma base, o ligeramente transformada. Sirva el caso citado de *Brañadiós*, en los altos alleranos de Rubayer, sobre Braña Foz, saliendo ya al Picu la Tsaguna. *Brañadiós* (así pronunciada sin tuteos por los vaqueros alleranos) es una pequeña campera que tuvo cabanas y tiene fuente, justo bajo la cumbre que preside El Picu Valmartín, un picacho muy castigado por los rayos en las tormentas; la braña más alta del valle. Es decir, tal vez en relación con el dios Marte (dios de la guerra, dios del cielo luminoso).

La estructura de estos topónimos asturianos en un mismo valle es bien significativa: una braña dedicada al dios cristiano, justo frente a un picacho dedicado a un dios pagano. En la interpretación diacrónica popular, el origen real del topónimo remoto sería indiferente: lo importante es que los vaqueros dicen que en Brañadios nunca caen rayos, pues todos van a parar al Picu Valmartín. Este culto a un dios protector debió ser poco menos que obsesivo entre las peñas calizas, puesto que en el mismo concejo allerano, un valle más allá de Brañafoz, sobre las cabanas y edificios actuales de San Isidro, está otra vez El Picu Valmartín: alto entre Torres y El Cascayón, con El Tsago Ubales abajo. Zona también de muchos rayos en las tormentas.

Esta estructura se repite en cualquier toponimia regional con diferentes bases toponímicas. Destaca en algunos ese componente *-dios*, sea etimológico o de recreación popular interpretado como tal. Pasa en El Campu *Dios*, bajo Jascal (Cabrales): los rayos caen sobre Juñeú, Tarañosdiós... El topónimo derivado tiene su valor también, pues lo que importa en él es la creencia. Lo importante en el pasiaje verbal es la estructura, no los nombres aislados. Y si no entraban en esa estructura verbal construida, se hacían encajar con la interpretación popular. En palabras de Wduard Roberts y Bárbara Pastor, en su *Diccionario etimológico indoeuropeo* (prólogo).

“Gracias a la lingüística estructural, la labor etimológica ha alcanzado una mayor dimensión. Ya no se trata de seguir un recorrido en línea recta a través de los siglos, sino de ver asociaciones paradigmáticas entre distintas voces, que permitan descubrir el funcionamiento productivo de la lengua. Analogía, sinonimia, metáfora, constituyen el método eficaz para entender y encontrar étimos nue-

vos, muy a pesar de los lingüistas que buscan la verdad histórica en el principio del axioma, y a cada unidad léxica no le dejan aceptar más que una etimología. Ahora bien, ¿es legítimo admitir una sola explicación histórica, cuando en la sincronía es posible la diversidad?”

DĚORSUM (de abajo), de yuso, en asturiano, junto DĚUS

7

Volviendo al caso allerano, si realmente el término *-dios* en la braña se refería en principio a Dios (lat. DĚUS), supondría esa estrategia puramente geológica: es decir, si ya se daba culto a un dios Marte porque se suponía que atraía los rayos, con sus minerales de hierro bajo el picacho Valmartín, la cristianización del paisaje no dejó pasar la oportunidad de señalar una braña al lado como más segura, libre de minerales y de rayos, en un rellano donde nunca habían caído hasta la fecha. El nombre estaba de más, pero había que dejar constancia del hecho bueno: el dios cristiano protegería de esta forma a ganados y vaqueros. Con el nuevo topónimo (etimológico o no) el paraje quedaba dividido y señalado: en días de tormenta nadie debería arriesgarse a subir hacia El Picu Valmartín. Se habría de proteger en Brañadiós.

Capietsa Martín, en los altos de Valdés, es otro ejemplo de reinterpretación cultural en otros altos también castigados por las chispas en las tormentas, a veces más por los relámpagos que otra cosa: nunca hubo allí capilla, ni santuario, ni fiesta alguna, pero a Marte se diría que se le puso hasta una capilla delante, sólo levantada en la imaginación de los más devotos, los que realmente creían que allí iban a caer los rayos. Ni por casualidad tampoco, El Chao San Martín de Grandas se continuó en la patrona Santa Bárbara (protectora de las tormentas), en pueblo actual de Castro, al lado del conjunto histórico.

En el caso de que el componente *-dios* procediera del adverbio DĚORSUM (de abajo) –como sostiene García Arias para algunos casos-, la cristianización del paisaje, estaría igualmente atestiguada, incluso reforzada, puesto que en el mismo concejo allerano, un valle más al oeste, está el mismo adverbio en su forma esperable asturiana, *yusu*: El *Desadiusu*, o El *Desayusu*; es decir la dehesa de abajo (DEFENSA DĚORSUM), la zona defendida bajo los puertos más apacibles y seguros del Rasón, cercada para el ganado, tal vez por acotarla, o por prevenir de los precipicios bajo paraje tan poblado en verano hasta hace unas décadas.

Aquí, en El *Desayusu*, tal vez porque no había que rivalizar con otra divinidad en competencia, o porque no caen rayos cerca, los lugareños usaron la palabra en su evolución allerana esperable, sin reinterpretación religiosa, *-yusu* (debajo). En el valle contiguo de Brañafoz, para transformar un supuesto culto pagano, los mismos lugareños mantuvieron el componente *-diosu*, con esa pérdida incluida de *-u* final, impropia del asturiano, y de la zona allerana en concreto. En todo caso, la intención divinizante de los vaqueros de la zona es evidente, venga el topónimo directamente de Dios, o de un adverbio interpretado con esa referencia imaginada.

El mismo proceso homonímico, con el mismo adverbio y la palabra Dios, podría latir en la estructura toponímica de los altos de Covadonga: en *Tarañosdiós*, frente y sobre el Santuario, tal vez la cristianización de una divinidad celta, como más abajo veremos. En este caso, se diría que la raíz DĚUS parece más probable, incluso, puesto que en la zona más que *yusu* (de DĚORSUM), los pastores dicen *baju*: el *puertu baju*, frente al *puertu altu*. En palabras de Joaquín Caridad (Toponimia..., p. 20):

“El elemento prerromano o prehistórico en toponimia ha sido en general minimizado..., cuando de hecho constituye el armazón básico de toda la estructura toponomástica. Los antiguos nombres se rigen, en general, por parámetros muy distintos de los que conforman el pensamiento actual... El pensamiento mágico-religioso lo impregnaba todo, y en consecuencia los nombres de lugar no se

ajustan a las líneas de la lógica actual, como denominaciones de carácter descriptivo o identificativo de las formas del terreno y de sus elementos materiales, vegetación, cultivos... Para los pueblos antiguos, el nombre de un lugar..., era inseparable del de su divinidad epónima o protectora”.

Y frente a un dios, casi siempre un diablo

8

El paisaje verbal asturiano ofrece muchos otros ejemplos, a poco que caminemos con un vaquero o pastor sin prisas, saboreando palabras del suelo, a modo de arándanos en sazón. *La Canga Dios* (buena) frente a *La Canga'l Diablo* (muy mala de bajar y de subir), en el mismo conceyu allerán, sobre Rubayer. Siempre con esa función comunicativa: avisar con el nombre del camino bueno para bajar, sin meterse peligrosamente a los precipicios que, en la voz oral, preside el diablo; es decir, la muerte posible. Otras veces, estos topónimos tienen funciones parecidas, siempre en aquella perspectiva didáctica de señalar el bien y avisar del mal.

Sería el caso de La Penasca Valdediós (altos lenenses del Güerna), frente al Seltu'l Diablo, con otra arraigada leyenda tejida con ingenio por los tuizanos: en realidad sólo la urdimbre en boca de un pobre hombre, supuestamente acosado por el diablo, que llegaba muy de noche a casa, y no sabía cómo evitar los escobazos de la *muyer*, ya que la borrachera no le iba a permitir tenerse en pie por mucho tiempo. Frente a la ya existente Panasca Valdediós, un valle bueno bajo el Monasterio de Acebos, la voz popular se inventó la aparición de un diablo que retuvo a un borracho hasta bien de madrugada. Con el escarmiento, ya se cuidarían los demás de hacer lo mismo, si no querían ver las consecuencias en casa.

(continúa en la parte I Ib, ver ÍNDICE GENERAL, letra D: Discurso...).

por Julio Concepción Suárez